

Como se "Entrena" un Candidato

Hay en el país más de cuatrocientos hogares que sufren en estos momentos la terrible pesadilla de una candidatura que se ha incrustado entre pecho y espalda al jefe de la familia, sin que valgan consejos, ni súplicas ni exorcismos para hacerle abandonar su presa.

El momento es crítico para los candidatos. Mientras los más escrupulosos examinan su conciencia para preguntarse sus méritos, y los más desvergonzados, los negocios y adquisiciones que podrán hacer cuando gocen del fuero, unos y otros echan miradas angustiosas a sus cuentas bancarias, y se despiden de los saldos a favor, con la emoción de un padre amante que ve partir a sus hijos para un peligroso viaje.

Cumplida esta primera obligación, imprescindible en todo hombre respetuoso de la libertad de sufragio, los candidatos, cual más cual menos, piensan en ejercitarse en la elocuencia, la táctica parlamentaria, el box, el tiro de revolver y los demás aditamentos que habrán de dar brillo, utilidad y valor a su actuación en el Congreso.

El futuro diputado empieza por ojear los Anales de la Cámara, y elegir entre sus antecesores parlamentarios un tipo de elocuencia que cuadre a su temperamento. Quien provisto de buena voz y espíritu patriótico, elige como ejemplo al señor Walker Martínez; quien busca en los discursos del señor Mac-Iver, un modelo para dar rienda suelta a los sentimientos de su pecho, lírico y sentimental; quien, aficionado a las minuciosidades y detalles, aprende el arte de bien decir de don José Pedro Alessandri; quien, por fin, sintiéndose poseedor de un espíritu ágil y chispeante, estudia a fondo las interrupciones de don Pablo Ramírez y don Bartolomé Palacios, o a fuer de hombre amante de la concisión y enemigo de las palabras, se penetra del silencio elocuente de los señores Valderrama, Gatica, Osorio y tantos otros.

Una vez hecha la elección de modelo, se entra de lleno en la práctica de la elocuencia y en el manejo del "argot" parlamentario, eligiendo el hogar como campo propicio y sin peligro para los ensayos.

La mujer, los hijos y la servidumbre, padecen, naturalmente, al principio con las experiencias del novel orador; pero todo lo dan por bien empleado a cambio de la gloria que habrá de reportarles con creces la brillante actuación del diputado.

Empiezan, entonces, las penurias de toda la familia.

Si se atrasa el almuerzo, el candidato "reclama de la hora"; si no llega alguno de los hijos, protesta "de la falta de quorum"; si tocan la campanilla de la calle, intenta un discurso contra el que de ese modo "pretende llamar al orden a un representante del pueblo"; si la señora sale a misa, aprovecha la ocasión para una arenga doctrinaria; si ésta trata de contestarle, protesta "de las interrupciones"; si los niños salen mal en los exámenes, ataca la falta de rumbos prácticos en la instrucción del Estado; y si alguien lo contradice, declara "cerrado el debate" y presenta una moción por la cual, "oídas las explicaciones dadas sobre la interpelación, se da ésta por terminada y se acuerda pasar a la orden del día".

Candidatos, conozco, que han intentado apropiaciones indebidas, de galletas u otras especies, solo por acogerse al fuero parlamentario, y otros que han negado por completo los recursos para el mantenimiento del hogar, con el exclusivo objeto de aprender a retardar el presupuesto.

No hay para que decir las innumerables molestias, equivocaciones y disgustos a que dan ocasión tales ensayos; pero ¿que es todo eso, comparado con el placer de fraguar, en el calor del hogar, las armas que, pasada la elección, habrán de lucir en público con gloriosos y temibles resplandores?

Desgraciadamente, para triunfar en las lides políticas, no basta la elocuencia. Se requiere una táctica profunda, habilidad en las escaramuzas, práctica en trabajos de zapa, ingenio en el "camouflage", y hasta condiciones de vigor y fuerza física para el

"camouflage, y hasta condiciones de vigor y fuerza física para el caso de un combate personal.

He aquí, pues, un enorme campo de estudio para el futuro diputado, estudio tanto más difícil cuanto que no existen textos apropiados.

No faltan, por cierto, en nuestro Parlamento, especialistas en cada uno de esos ramos; pero ni el señor Rivas Vicuña edita aún su libro sobre la estratagema, ni el señor Yañez, su "Manual del perfecto zapador", ni el señor Alemparte su folleto sobre el "camouflage" político, ni los señores Zañartu, Alessandri, Iñiguez, Subercaseaux y Montenegro, sus opúsculos sobre tiro a pistola y reconciliación a "champañazos", tan útiles en los lances de honor.

Que enorme tarea para un pobre candidato que, en el término de un mes, tiene que desembolsar treinta mil pesos, aprender el arte de Demóstenes, la ciencia de Maquiavelo, y las reglas del marqués de Queensberry.

¡Y pensar que si no sale elegido, todo ese gigantesco ~~esfuerzo~~ esfuerzo habrá quedado sin compensación;

Cuando se medita en estas cosas, no hay hombre de corazón que deje de deponer sus pasiones políticas para lamentar, con toda el alma, que no puedan ser elegidos de una vez los cuatrocientos o quinientos candidatos que existen actualmente en el ~~nuestro~~ país.

P.

